

Y cuando á su desdenosa  
Feroz castiga el salvaje  
Propinándole el brevaje  
De la *tonga* ponzoñosa,

Ella, en fatal zamacuco  
De erótico frenesí,  
Corre y danza aquí y allí  
Tarareando el bambuco.

Hay en él más poesía,  
Riqueza, verdad, ternura,  
Que en mucha docta obertura  
Y mística sinfonía;

Y así respóndele fiel  
El corazón donde llega:  
Con él el alegre juega  
Y el triste llora con él.

Mágico el más obediente,  
Camaleón musical,  
Siempre el mismo original,  
Pero siempre diferente.

Eterna variación  
En que hallamos por instinto  
Acento fiel y distinto  
Para cada sensación;

Porque ha fundido aquel aire  
La indiana melancolía  
Con la africana ardentía  
Y el guapo andaluz donaire.

Su ritmo vago y traidor  
Desespera á los maestros;  
Pero acá nacemos diestros  
Y con patente de autor.

Tesoro de pobres es,  
Y ¡ay! que nadie se lo quita,  
Mientras su voz lo repita  
Y lo ejecuten sus pies.

Y si ordenase un tirano  
La abolición del bambuco,  
Pronto viera cuán caduco  
Es todo poder humano.

## II

En un salón de palmares  
Que vagando descubrí,  
Su hechicera danza ví  
Al compás de sus cantares.

Era una noche de aquellas  
Noches de la patria mía  
Que bien pudieran ser día  
Donde no hay noches como ellas.

El terciopelo mejor  
Al del cielo no igualaba,  
Ni estrella alguna faltaba  
Á esa gran cita de amor.

Oíanse los bramidos  
Del Cauca y sus reventones  
Como enjambres de leones  
Celosos ó mal dormidos;

Y el aura circunvolante  
Embalsamaba el lugar  
De albahaca y de azahar  
Y de jazmín embriagante.

*Ñapangas* (1) que por modelo  
Las quisiera un escultor,  
Giraban al resplandor  
De las lámparas del cielo.

De indianas y de españolas  
Las perfecciones lucían,  
Lindas ¡ ay! que parecían  
Enamorarse ellas solas.

Bajo una gran cabellera  
Un blanco busto imperial  
Y una forma amplia y cabal  
Cuanto elástica y ligera.

Rica tez, mórbido pecho,  
Nada de afeite ó falsía,  
Que el arte no enmendaría  
Lo que hizo Dios tan bien hecho.

(1) Muchachas del pueblo en Popayán. Palabra de origen quichua, que otros escriben *yafanga* ó *llapanga*. En cuanto al nombre del bambuco, supónese que vino de África.

Contra el talle de jazmín  
Un brazo en jarra elegante,  
Caído el otro adelante  
Sofaldaba el faldellín;

Y era de verse el candor  
De esos rostros de ángel, cuando  
Iba en los pies retozando  
Un demonio tentador.

¡ Y qué pies! ni el mameluco  
Sultán mejores los vió;  
El diablo los inventó  
Para bailar el bambuco.

Se alternaban pulcramente  
Hincando rápida huella,  
Y ondulaba toda ella  
La fascinante serpiente.

Al compás del tamboril  
Con la bandola armoniosa  
Y á la venia respetuosa  
Del desafiador gentil,

Una por una salía  
Hacia su galán derecha,  
Y él, la boca almíbar hecha,  
Aguardarla parecía;

Mas, con sandunga imanada,  
Ella, escapando del pillo,  
Como el boa al pajarillo  
Lo atraía en retirada.

¡ La eterna historia de amor!  
Ley que natura instituye,  
La mujer siguiendo al que huye  
Y huyendo al perseguidor.

Ya evitaban su mitad,  
Ya lo buscaban festivas;  
Provocadoras y esquivas  
Como la felicidad.

La una pareja cantando,  
La otra vivaz respondiendo,  
Las coplas que iban diciendo,  
Iba el amor enseñando.

Poesía humilde era aquélla,  
Pero, en su espontaneidad,  
Bella como la verdad  
Y á veces triste como ella.

Dos voces eran bastantes  
Para hacerla bien sentida,  
Amor, cielo de la vida,  
Celos, infierno de amantes.

Y cual la danza en sus giros,  
La música en sus manejos  
Iba burlando en sus dejos  
Ó acompañando en suspiros.

Yo, sentado sobre un tronco,  
Contemplaba aquella escena,  
En esa noche serena  
Y al mugir del Cauca bronco;

Esas cándidas figuras  
Que ondulaban y reían  
Y hasta mí en sombra venían  
Como á acariciarme á oscuras;

Y aspiraba esos olores  
Mezclados á esos sonidos;  
Y ese aire que los vestidos  
Les salpicaba de flores;

Y todo en mí derredor,  
Desde el silencioso cielo  
Hasta la grama del suelo  
Y el bambuco seductor,

Formaba tal armonía  
Que todo á un golpe creado,  
Y uno para otro inventado  
Por el Señor parecía.

Allí el poder peregrino  
Del bambuco percibí;  
Jamás, desde que nací,  
Me sentí más granadino;

Y si un pensamiento malo  
Me hirió la imaginación,  
Porque era gran tentación  
Tanta inocencia y regalo,

Mi alma de poeta quiso  
Holgarse en ver solamente,  
Y no ir á hacer de serpiente  
De aquel nuevo Paraíso.

Más bien exclamé gozoso :  
« ¡Gracias á Dios ! ya encontré  
Un pueblo feliz ; ya sé  
Dónde y cómo uno es dichoso.

Á otros, con ciencia y riqueza,  
Tedio cruel royendo está ;  
Á éstos, de balde les da  
Fiesta real Naturaleza. »

## III

Cambió la *situación* :  
Pronto sonó, enhoramala,  
La maldita generala  
De alarma y revolución.

Todos mis conciudadanos  
Gozaron de su derecho  
De ir á atajar con el pecho  
Las balas de sus hermanos.

Ví á mis pobres campesinos  
Cambiados en dragonazos  
Aprendiendo á machetazos  
Los fueros neogranadinos ;

Y á su lado en la pelea  
Las heroicas *voluntarias*,  
Esas dulces pasionarias  
De la danzante asamblea.

Entonces, entre el chischás  
De la lanza y el trabuco,  
Del infalible bambuco  
Ví el poder una vez más.

Bien puede estar sin ración  
El granadino soldado,  
Y descalzo y trasnochado :  
Eso entra en la diversión.

Después de veinte chubascos  
Por páramos inclementes,  
Cruzando á nado torrentes  
Y rodando por peñascos,

Tras de una jornada impía  
Que desjarretara á un perro,  
Hecha en caminos de hierro  
De los que Adán conocía,

Desde el gentil bogotano  
Que aun al morir suelta un chiste,  
Hasta el indio humilde y triste  
Que no abrió el *Catón cristiano*,

Llegado el momento crítico  
De embestir al contendor,  
Entran, — con todo el fervor  
De un « adversario político ».

Y en ese truco y retruco  
Triunfa el primero que manda  
Á su respectiva banda ;  
« ¡ Muchachos, rompa el bambuco ! »

Tal se escarnece irrisoria  
 Nuestra fraticida holganza :  
 Matarnos á son de danza,  
 Sin causa alguna y sin gloria.

Pero en otra, en mejor guerra,  
 La única de lauros digna  
 Y en que el Señor no se indigna  
 Viendo ira y sangre en la tierra,

También el bambuco fué  
 Música de la victoria,  
 Y aunque lo olvide la historia  
 Yo se lo recordaré :

Él á Córdoba marcó  
 Su *paso de vencedores*  
 Y de los libertadores  
 La hazaña solemnizó.

¡ Campo inmortal ! ¡ Sol bendito !  
 Cuanto haya sonado allí,  
 Cual la voz del Sinaí  
 Resonará en lo infinito.

Y nuestro aire nacional  
 Iris fué allí de vencidos,  
 Parabién de redimidos,  
 De déspotas funeral.

Le debemos en conciencia  
 Gratitud, y mientras él  
 Exista, guardará fiel  
 Nuestra patria independenciam.

Yo, para ser benemérito  
 Desde el solio hasta el conuco,  
 No ambicionara otro mérito  
 Que haber compuesto el bambuco.



## ANGELINA

*All other love is love of self!*  
F. J. AMY.

## I

Ya el sol de los quince años sonreía  
En el rubor de niño de su frente,  
Y con el alma en gracia todavía  
Sus formas sospechaban el placer.

Era ídolo de todos; y Dios mismo,  
Padre celoso, embelesado al verla,  
Suya, y no de los hombres, quiso hacerla  
Cuando espigaba entre ángel y mujer.

Y así se la llevó. Seis lunas vimos  
Desde aquel día de plegaria y llanto,  
Y entre los suyos, que la amaban tanto,  
No es dado aún su nombre pronunciar;  
Mas vive escrito en los hinchados ojos  
De la madre infeliz; y el padre anciano  
Suele cubrirse con crispada mano  
El rostro, y se le escucha sollozar.

Último de la prole, un hermanito  
Tuvo Angelina, endeble criatura,  
Lleno de mansedumbre y de ternura,  
Pero que hallaba en todos esquivéz:  
Érale predilecto: sus halagos  
Pagaban de los otros el despego;  
Amable camarada de su juego,  
Su aya oficiosa y medianero juez.

Hoy es el triste la doliente sombra  
De la llorada, angelical doncella,  
Y en homenaje á la memoria de ella  
El favorito del hogar es él.

« ¿ Recuerdas, madre, cuánto me quería? »  
Á la infeliz alguna vez pregunta,  
Y ella, gimiendo, al corazón le junta  
Y dícele: « Hijo mío, eres cruel. »

¿ De qué murió Angelina? ¡ Dios lo sabe!  
Al punto que marcó la Providencia  
Del firmamento azul de su existencia  
Blanca paloma entre la mar cayó.

« La edad, la fiebre de la edad », decía  
El médico del pueblo; mas el pueblo  
Sabio á su modo, susurrar solía:  
« ¡ Era tan linda! ¡ Dios la enamoró! »

Y era por cierto linda, como todas  
Las que en flor desaparecen. De esas flores  
Siempre el Señor escoge las mejores  
Para hermohear con ellas su jardín.

Lástima fué: mas ¡ cuántas no querrían  
 (Mártires hoy de cóleras y engaños)  
 Tal muerte en esa perla de los años,  
 Bella y amada, cándida y feliz!

Isla bendita que flotando hermosa  
 Del horizonte mágico en la orilla,  
 Cual una no explorada maravilla  
 El ojo de los hombres codició;

Y nunca la alcanzaron; y entre tanto  
 Yendo y viniendo en misteriosas nubes  
 Posaban en su huerto los querubes...  
 Y una mañana nadie más la vió.

Eso fué aquella virgen: nada mía;  
 Ni es historia de amor su breve historia;  
 Y sin embargo encuentro en su memoria  
 Cierta benigno, cariñoso imán.

Es una de esas ráfagas de canto  
 Que nada son, ni dicen, ni recuerdan,  
 Pero con lastimero y tierno encanto  
 Yendo y volviendo en la memoria están.

Una tarde de otoño, cuando el cielo  
 Soberano poeta de la tierra,  
 Del mustio bosque armonizaba el duelo  
 Con dulce y melancólico esplendor,

Dando la mano al tímido hermanito,  
 Á lento andar se encaminó Angelina  
 Á la apacible cumbre que domina  
 El blanco nido del paterno amor.

Ya el toque de oración á Dios llevaba  
 El piadoso murmullo de la aldea,  
 Y ellos tardaban, y una triste idea  
 Lanzó á la madre en repentino afán.

Corre á buscarlos; sus inquietos ojos  
 Con ansia exploran la creciente sombra;  
 Llámalos, oye que una voz la nombra;  
 ¡ Son ellos, es feliz, con ella están!

Mas ¡ ay! fué pasajera su alegría,  
 El ojo maternal que no se engaña,  
 Vió en Angelina una expresión extraña  
 De ternura solemne y de dolor.

« ¿ Qué tienes, di, qué tienes, vida mía? »  
 « — Nada, mamá », repuso, pero en tanto  
 Atropelló sus párpados el llanto  
 Y sus mejillas coloró el rubor.

« Si — dijo el compañero — está muy triste,  
 Tan triste que ha llorado hora tras hora...  
 Dile que no la quieres cuando llora,  
 Dile que te hace daño verla así.

Hoy no ha querido ni jugar conmigo,  
 Y al ver que su tristeza me afligía  
 Me estrechaba en los brazos y decía:  
 « Si yo me muero, ¿ qué será de ti? »

¡ Ay! desde aquella misteriosa tarde,  
 Hermosa precursora de desgracia,  
 La flor nunca tocada, inerte, lacia,  
 Sobre su virgen tallo se dobló;

Y en vano al uno, al otro, á cuantos mira  
La desolada madre insta y requiere :  
« ¡ Sálvenme á mi hija, mi hija se me muere! »  
Llanto le dieron, pero vida no.

Yo la ví, por la madre ; y así, ardiendo  
De intensa fiebre á la secante llama,  
Como azucena lánguida que inflama  
Del arrebol la hoguera carmesí,  
Me pareció tan bella, que mis ojos  
De llorar se olvidaron, y un secreto  
Santificante impulso de respeto  
Que me mandaba arrodillar, sentí.

La virgen deliraba... algo quería  
De sí apartar con indignada mano....  
De pronto abrió los ojos, y al hermano  
Con expresión atónita buscó.

Tembló la pobre madre, cual temiendo  
Dejarla ver su afán: cambióse aprisa,  
Y fijó en Angelina una sonrisa,  
Sonrisa tal que á mí me destrozó.

Tres días después ya nadie sonreía  
Ni se hablaba en la casa ; ayes, lamentos,  
Gritos eran sus únicos acentos,  
¡ Adioses que no escuchan otro adiós !

Hoy sí, madre infeliz, dejó tus brazos,  
Para no volver más, esa hechicera  
Niña que desde el mundo un ángel era  
Y pudo en cuerpo y alma ir hasta Dios.

Fueron, para llorarla en aquel día,  
Suyas todas las madres ; sus hermanas  
Todas las inocentes aldeanas ;  
Su casa el pueblo, en duelo todo él.

Y pues aquella flor se les moría,  
Flor la más cara y primorosa y buena,  
No hubo jazmín ni cándida azucena  
Que no cayese á acompañarla fiel.

Ya la amaban los hombres ; mas ninguno  
Llegó á explicarle su amoroso anhelo,  
Cual si un cristal guardara para el cielo  
Su pristina fragancia virginal.

Aun hubo quien luchó por suicidarse  
Á la nueva fatal ; en gran quebranto  
Otro vino á pedirme un flébil canto  
Que interpretara su aficción mortal.

Seis meses van y timbra todavía  
De boca en boca el favorito nombre ;  
Sueña con sus encantos más de un hombre  
Y hay frescas flores de su cruz al pie.

En cada faz de aurora el padre encuentra  
Algo de su Angelina ; y cuando pasa  
Madre feliz por la doliente casa,  
Rompe en llanto otra madre que la ve.

Empero aquel su exasperado amante  
No rindió á tal azar la vida ingrata :  
No ha mucho que en alegre serenata  
Su patética voz reconoció.

Casóse el otro, te olvidaron ambos ;  
 Cúmplase un año, y nunca en mis oídos  
 Vibrarás, como un día, entre gemidos  
 Nombre que entre gemidos aprendí.

Cúmplase un año: alguno dirá entonces  
 « ¡ Cómo estuviera hermosa si viviese ! »  
 Y habrá un padre quizá que se embelese  
 Dando tu nombre á un nuevo serafín.

Mas ya que te perdimos, no aquí vuelvas,  
 Á consolar pesares que no lloran :  
 Nuevas palomas cantan en las selvas,  
 Con nuevas flores se alegró el jardín.

Ven á ver á tu madre, á ella tan sólo,  
 Que sólo ella ama siempre y nunca olvida :  
 Su corazón te dió su propia vida,  
 Y en él, mientras palpita, vivirás.

Breve placer le diste por quince años  
 De afán y de dolor que la costaste ;  
 Nada te pidió nunca : la dejaste,  
 Y hoy no quiere otro alivio que llorar.

Tú fuiste la parásita indolente,  
 Que chupaste su savia : por ti en luto  
 Se abatió melancólica su frente,  
 Y arado el rostro y pálida se ve.

Dios te la dió, y él solo dar podría  
 Ese de amor inmensurable abismo,  
 Mas ella, liberal como Dios mismo,  
 Al mismo Dios te ha dado con la fe.

Eso es amor, sólo eso no es mentira,  
 ¡ Ah ! no habléis más, desmemoriados hombres,  
 De *amor* y de *dolor* : vulgares nombres  
 De santas cosas que ignoráis aquí.

Yô soy de los sensibles, yo conozco  
 El camino del llanto ; y sin dobleces  
 Entrego el corazón ; y ¡ cuántas veces  
 Me indigné, sin embargo, contra mí !

## II

¡ *Amor* ! Casual apego, que naciendo  
 De una lisonja, una verdad lo mata ;  
 Flor de amor propio, débil cuanto ingrata,  
 Y que el mismo amor propio devoró.

Sueño de un día, fiebre de una hora,  
 Quimera de una vida, mil tormentos  
 Sin sentido común, mil juramentos,  
 Un adiós... una lágrima... ¡ y pasó !

Y tú, *dolor*, ¿ en dónde estás ? ó al menos  
 Déjame adivinar dónde estuviste ;  
 « ¿ Existió alguna vez lo que hoy no existe ? »  
 Mi lloro, mi despecho ¿ en dónde están ?

*Amor*, *dolor*, parodia irreverente  
 Que hace un bufón del ángel pulcro y santo ;  
 Brisas que vienen húmedas de llanto,  
 Cargadas de palabras y se van.

El sabio nos lo ha dicho : « por sus frutos  
 Conoceréis el árbol : » no dimana  
 Tan pasajera cosa y tan liviana  
 De sempiterno y limpio manantial :

Juego de los sentidos, que el espíritu  
Alucinó vistoso ; desconcierto  
De un temporal, que deja en un desierto  
Algún descantillado pedestal.

Pasa, y miramos en redor, y acaso  
Quedamos taciturnos : un vacío  
Descubre el corazón : queda el hastío,  
El dolor de no amar ni padecer,  
Que no es imaginario ; pero aun ése  
Tregua nos da, que el hombre es siempre niño,  
Y basta un dulce, un títere, un cariño,  
Para olvidarlo todo, aun el deber.

No más con tanto *siempre* y tanto *nunca*  
(Aventurera y pérfida jactancia)  
Retéis al tiempo, á la fatal distancia,  
Al ciego azar, al débil corazón.

No habléis de *Eternidad* donde tan sólo  
La vanidad y la inconstancia nuestra  
Eternas son ; aquí donde siniestra  
Sinónimo de dicha es la ilusión.

Así tal vez el Hacedor Supremo  
Dispuso hombres y cosas : para hurtarse  
Las unas á las otras, y borrarse  
Como entre sí las olas de la mar ;

Á fin que ante el espíritu atediado  
Bogando en ondas de mudanza y dolo,  
Quede ÉL, sólo ÉL, el firme, el solo  
Digno de fe, de adoración y altar.

Con impúdica priesa los afectos  
Cual la viciosa yerba en el camino  
Cunden y se suceden ; y el que hoy vino  
Vive de los despojos del de ayer ;  
Vive de su vergüenza. ¿Dónde el noble  
Ser que de puro, de inmortal se engríe?  
Bestia fatua y voraz que llora y ríe,  
Y anda mudando nombres al placer.

El ruin placer es el objeto : él solo,  
Sustancia y fin de la amorosa farsa ;  
Para sujeto, en la social comparsa  
Lo que esté más á mano servirá.

Este es un medio, un accidente : espejo  
Que aquí ó allí compró nuestro egoísmo  
Para admirarse él mismo, y allí mismo  
Recoger el incienso que se da.

Así la hermosa el néctar saborea  
De su propia belleza en nuestros labios,  
Y castiga en nosotros los agravios  
Que le infiere su propia presunción.

Felino ser, que se acaricia él mismo  
Cuando parece acariciarnos grata ;  
Siempre con el más digno es más ingrata,  
Y es mayor lauro la mayor traición.

Nuestra es la culpa á veces : que en la mente  
Una lámpara mágica llevamos,  
Sobre cualquier mujer la reflejamos,  
Y decimos absortos, ¡ ésta es !

Cual los colores en la luz, ese ángel  
Existe en su creyente, está en los ojos,  
Y adoramos quizá, puestos de hinojos,  
Á quien hollar debieran nuestros pies.

Mientras más grande nuestra mente sea  
Y agraciada en seráfica hermosura,  
Más grande es la ficticia criatura  
Que á imagen nuestra hicimos, como Dios.  
Y así mayor el desengaño, al punto  
Que, apartada la luz, voló el encanto,  
Allá sigue la risa en pos del llanto,  
Y aquí el desprecio, del engaño en pos.

Culpa del hombre, sí; que nuestra lengua  
Con candorosa ó pérfida lisonja  
El vano globo más y más esponja  
Hasta que arranca espléndido y se va.  
Mas ella no es el águila creada  
Para encumbrarse audaz, sola y serena;  
Y el inflador, la merecida pena  
En su orgullo y su nombre llevará.

¡La mujer misma enséñanos cuán nulo  
Precia su ser moral; qué pobre palma  
Será para sus mártires su alma;  
Qué poco amor merece aquel amor!  
No sin conciencia pervirtió el lenguaje  
Al nombrar su afición *coquetería*:  
Inocente y cortés libertinaje;  
Virtud... del cuerpo; evaporada flor.

Si al uno, al otro, en su mirada ardiente,  
Vertiginosa el corazón le envía;  
Si con sonrisa audaz le desafía  
Y alma le entrega, y vida y voluntad,  
No os inquietéis; afortunado cónyuge!  
De la sencilla oveja recatada:  
*Eso* no es la mujer, no ha dado nada,  
Cumplió un precepto de alta urbanidad.

Su gloria, el mayor número de necios  
Que le rindan su fe; desgracia extrema  
Vestirse mal; felicidad suprema,  
La humillación de otra mujer tal vez.  
Soltera ó no, la dicha y paz de un hombre  
Á una sonrisa de otro alegre inmola;  
Y viuda es feliz cuando acrisola  
El fúnebre crespón su blanca tez.

Bien pagadas están, que á veces damos  
Tan bien como ellas mismas su comedia,  
Y en el cerco galán que las asedia  
Fatuos como ellas hallarán también.  
Ni faltará, cuando una mártir pierda  
Amor, vida y honor, quien la amortaje  
Con un «canto á Teresa» en homenaje  
De gratitud apasionada y fiel.

Muchos son los malvados (que hay malvados  
También de ojos de cielo y tez de rosa),  
Y no sólo con daga y faz rabiosa  
Se acecha y asesina un corazón.

¡Quién no ha dejado tras de sí pendiente  
Cuenta fatal que adentro le reclame!  
¡Cuántos no tiemblan á una voz de « infame,  
Duvuélveme la paz!... ¡ He aquí el talión! »

Y erramos casi todos: que algún día  
Hubimos cerca, amante y pronto, y nuestro,  
El corazón que al hombre el cielo envía  
El único, el gemelo, el caro yo.

Hablónos dulcemente, y rechazamos  
Su voz, tal vez con malicioso alarde,  
Hasta que al fin él mismo dijo: « ¡ Es tarde! »  
Y le gritamos « ¡ Vuelve! »... y no volvió.

¡ Ay de los que murieron, si sus ojos  
Al través de la lápida nos miran!  
¡ Qué infierno, oh Dios, si aquí las almas giran,  
Viendo, y sin brazos y sin lengua ya!

¡ Y ay del que se ausentó, si Dios marcóle  
Fénix de los creyentes y leales!  
Él oirá sus alegres funerales,  
Y muerto entre los vivos se verá.

Quando hay constancia, esa constancia misma  
Dice debilidad: es la conciencia  
De lo imposible, acaso indiferencia,  
Celos, costumbre, honor, curiosidad;

Todo, menos amor. Dios lanzó al mundo  
Ese rótulo de *algo*, etéreo y santo;  
Diónos la sed de hallarlo: y entre tanto  
Íntegra guardó en sí la realidad.

Hay lucha eterna entre el excelso instinto  
De bondad suma, de inmortal belleza,  
Y esta perdida y vil naturaleza  
Que todo lo degrada criminal.

Miro al pasado y tiemblo; me horroriza  
La cruel facilidad con que olvidamos;  
Y si á uno mismo á despreciar llegamos,  
¿ Qué no despreciaremos terrenal?

¡ Ah, más que al mismo Dios y al sol y al aire,  
Rico en mi fuego y mi candor temprano,  
Un corazón busqué: le busqué en vano....  
Mi propio corazón me traicionó!

Mas recordé á mi madre, y de rodillas  
Dije: lo hallé, lo tengo, en ése he visto  
El amor y el dolor; ¡ allí está Cristo,  
Allí está el fuego santo, allí está Dios!

¡ Venturosa Angelina! Quiso un día  
Dios prestarte á una madre y descendiste;  
Y ella te devolvió tal cual viniste,  
Perfecta y pura como el ángel es.

Tú no tocaste el mundo, que de un cielo  
Á otro cielo pasaste; y ese llanto,  
Llanto de madre, incomparable y santo,  
Es el único rastro de tus pies.

